

## Papeles inéditos del General Arteche

JOSÉ CASARES BUSUTIL

*Mi propósito es recordar al general Arteche, miembro que fue de la Real Academia de la Historia,<sup>1</sup> historiador entre los más relevantes del siglo XIX. El pretexto es el hallazgo de unos papeles manuscritos inéditos, que transcribo a continuación. Al final, como homenaje a su persona y a su vida, recordaré algo de lo mucho que hizo por la ciudad de San Sebastián.*

*Estoy contemplando un cuadro que conserva la familia y que representa un campo grande y llano al pie de los muros de Gaeta. Al fondo se perfilan algunas naves, el cerro del castillo, la silueta de la ciudad, todo en un tono ocre con cielo celeste y nubes muy tenues. Representa el acto de recibir nuestras tropas la bendición de Su Santidad Pio IX: fue el 28 de mayo de 1849. En primer término el Papa, de espaldas, alza sus manos como en un abrazo, junto a él, un grupo de jefes y oficiales en uniforme de gala, azul oscuro y oro. Entre ellos se encuentra, sin la menor duda, el joven oficial Arteche, autor de este cuadro, que quizás sea el único testimonio gráfico de un hecho histórico tan relevante como olvidado. Al fondo y a la derecha, en perfecta formación vemos las tropas españolas, rodilla en tierra y abatidas las banderas; a la izquierda (dibujo detallista y lleno de movimiento) centenares de hombres y de mujeres, algunos niños, son las gentes del pueblo de Gaeta.<sup>2</sup>*

---

(1) Miembro también de la Bascongada de los Amigos del País en la que hoy llamamos Delegación en Corte, dice así el documento: "La ilustre, benéfica y Real Congregación de los naturales y originarios de las tres Provincias Vascongadas... ha admitido en el número de sus individuos al Excmo. Sr. D. José de Arteche y Moro de Elejabeitia, oriundo por línea paterna y materna de Vizcaya, etc." Lleva el sello en relieve de las manos enlazadas y el IRURAC-BAT. Las firmas son muy significativas: José de Ortueta (Contador), Fermin de Lasala (Prefecto), Nicolás Gorria (Secretario), y El Marqués de Urquijo (Tesorero).

(2) Nacido en Madrid en 1821, tenía pues 28 años cuando pintó este cuadro en Gaeta. Siempre tuvo gran afición a las bellas artes. En San Sebastián, Rafael Munoa conserva dos bellas

*Recordemos que ante los graves y complejos disturbios de aquellas décadas en los territorios que hoy llamamos Italia, amenazados los Estados Pontificios, el Papa decide salir de Roma y refugiarse en Gaeta, tierra de Nápoles. Buscando la concordia, Francia y España, con Napoles, deciden una acción a la vez diplomática y militar para restablecer en Roma al Soberano Pontífice. El gobierno español, Presidido por Narváez, dispuso una división con fuerzas de mar y tierra al mando del general Fernando Fernández de Córdoba, marqués de Mendigorría. Como segundo jefe de la expedición figuraba el general guipuzcoano Francisco de Lersundi. Ahora bien, la composición de las fuerzas (caballería, artillería, tropas escogidas) tenía que corresponder a cuáles y cuántas fueran las tropas revolucionarias con las que tendrían que enfrentarse, ya que se intentaba, además, acudir con una fuerza suficiente como para disuadir al enemigo evitando un enfrentamiento sangriento. Entonces, la tarea previa de conocer el número y los medios con los que contaban los republicanos, esa es la misión que le fue encomendada al joven oficial Gómez de Arteche.*

*Ese es el contenido de unos papeles cuyo hallazgo me ha sugerido que sería interesante publicarlos. Es como un cuaderno de hojas amarillentas, manuscritas con cuidada caligrafía, por ambas caras, encuadradas por el hijo del general, don Luis, con lomo de piel y cantos dorados. El librito contiene otras muchas notas, interesantísimas, que no voy a transcribir, el detalle de las diversas fuerzas adversarias, así como facturas de hospedaje y anotaciones de otros gastos (¡modestísimos!) con las que nuestro protagonista rinde cuentas al Estado Mayor de la División Española en los Estados Pontificios. El relato dice así:*

## **Marzo de 1849**

### **Día 1º**

A las cuatro y media recibí la orden de presentarme al Ministro de la guerra, quien me encargó marchara al día siguiente a Valencia, para allí embarcarme con dirección á Roma.

El objeto de la misión mía era el de averiguar los medios con que podrían contar los Republicanos para oponerse a una expedición armada, que se dirigiera á la Ciudad Eterna á reponer á S.S. en el goce de su poder temporal.

---

acuarelas que el general pintó en julio de 1858 y fueron reproducidas por la Caja de Ahorros Provincial en la colección "De Biarritz a San Sebastián." En Madrid hizo amistad con los pintores Federico y Luis de Madrazo, como también con aquel artista universal que fue Arturo Mérida.



Índice.

Principio de una Relación de mi jornada  
en comisión del Gobierno para conocer el estado  
de Roma en 1849.

Algunos datos sobre el Ejército revolucionario  
de Roma y sobre mi viaje.

Cuentas del Estado Mayor de la División  
Española en los Estados Pontificios.

José Gómez de Arteché

## Día 2

Alas 6 de la tarde emprendí mi marcha en el correo. El camino de las Cabrillas se hallaba en aquella época sin concluir y era preciso de consiguiente caminar a caballo 21 leguas. Casualmente Primo de Rivera había llegado a Madrid por el mismo camino y necesitaba devolver la silla de montar, por lo que tuve la fortuna de valerme de ella: si nó, pobre de mi...!!

## Días 3 y 4

El viaje, si bien rápido, fue de lo más incómodo que se puede imaginar. Al pronto creí que el movimiento del carro no era tan violento como se ponderaba; pero en Arganda estaba ya cansado y en Tarancón molido. Sucedióme empero con el caballo lo que con el fatal carro: al pronto me pareció suave su movimiento, mas por la tarde a pesar de mi faja, de mi costumbre de montar, de mi fuerza de voluntad y la que me daba el entusiasmo de mi misión, me hallaba talmente fatigado que ansiaba volver a encajonarme en aquel vehículo que tanto había maldecido por la mañana. Por fin a las 7 y media del día 3 lo conseguí.

No había dormido un momento y al poco tiempo de entrar en el carro logré hacerlo por hora y media. Despertome el vuelco motivado por la salida del sotrozo y de consiguiente de la rueda. Afortunadamente pude encontrarlo a 25 pasos: era de noche.

Por fin, el 4 a las 8 de la mañana entraba en Valencia. No había vapor en el puerto que pudiese conducirme a Barcelona ¿Por qué no fui a Marsella por Bayona y Tolosa? fue la primera observación que me hice al encontrarme sin medio de transporte, pues el camino por tierra estaba infestado de facciosos y se me había prohibido terminantemente mi paso por él; observación a que no supe darme contestación satisfactoria.

No me gustó Valencia. Fuese que tenía que huir la presencia de conocidos a quienes no sabía qué disculpa dar a mi misteriosa marcha, pues la de ir a Marsella a asuntos de familia me parecía insulsa en quien no cuenta con ninguno que le sirva de fortuna, o que efectivamene sea triste aquella población para el que sale de Madrid, lo cierto es que me pareció mala. Sólo encontré agradable la Glorieta y la huerta.

## Día 5

Anuncióse para el día siguiente la salida de los vapores *Barcelonés* y *Balear*. Recordaba yo que el año 34 había yo ido a Mallorca embarcado en el último, que entonces tenía fama de buenos pies, como dicen los marinos.

Seguí pues sin consejo el antiguo adagio de más vale malo conocido...: además de que el *Balear* me ofrecía pasaje hasta Marsella y una avería del *Barcelonés* podía causar un retardo que me privase de pasar a aquella ciudad. Tomé pues mi pasaje para Marsella en el *Balear*.

### Día 6

Aquella tarde fuí a El Grao creyendo embarcarme y encontré solitario el puerto. Pasé un susto horrible: corrí a las Oficinas de la empresa cuyos dependientes no supieron explicarme la razón de aquel retardo y me devolvieron los 29 duros que había pagado por mi pasaje. Ellos mismos me aseguraron era más prudente marchar el día siguiente en el *Barcelonés*, que había a su vez retardado un día su salida.

Estaba agitado de una manera inexplicable: hubiera querido poder volar para lanzarme hacia la ciudad eterna. El peligro de la comisión aumentaba mi impaciencia, no sé si por lo patético de mi situación una vez allí o por el deseo de salvar de un salto, si así puede decirse, el espacio y el tiempo de mi posición anormal.

### Día 7

A las 4 y media de la tarde surcaba ya las tranquilas ondas del golfo de Valencia. Tan embravecidas como se muestran generalmente a cuantos narran su tránsito, tan suaves y transparentes se deslizaban aquella vez que por primera vez surcaba una nave que yo montaba. Aquella fue prueba de buena fortuna; y si el día anterior me desesperaba la tardanza de los buques y triste y solitario me parecía el mar, aquel, alegre, cada lancha de las que pasaban a nuestro costado un amigo, y los delfines que saltaban en la estela otros tantos huéspedes del líquido elemento que me anunciaban bonanza y felicidad en mi expedición.

### Día 8

A las 8 de la mañana anclamos en el puerto de Tarragona dos horas fueron empleadas en recorrer la capital de la Tarraconense que no había visto desde 1842. Su catedral y sus muros, historia de piedra de las invasiones de que ha sido víctima nuestra península, han sido el objeto exclusivo de mi visita.

A las 3 de la tarde y cuando empezaba a soplar un viento fresco que parecía querernos anunciar no ser el mar tan blando y suave como se nos había mostrado en aquellos dos días, y que nos preparásemos a rudos trabajos los destinados a surcar de nuevo sus ondas, llegamos a Barcelona.

Era la 5ª vez que había estado en aquella ponderada población y mi primera pregunta fue para saber si había vapor que me condujera a Marsella. El *Barcino* esperaba al *Balear* para recoger sus pasajeros y mercancías y hasta su llegada no saldría: el mar estaba movido, y el cielo de mal cariz; mucho temí no llegase tan pronto como yo lo deseaba. Así fué.

### Días 9, 10, 11, 12, 13 y 14

¡Cuanto sufrí en los días transcurridos en Barcelona! El mar había obligado al *Balear* a acogerse a los alfaques donde había estado cuatro días que unidos a los que había tardado de más por el mal estado de la máquina, formaban una semana de angustias, de incertidumbre y de desesperación.

El 12, en el teatro del Liceo se representó una comedia cuyo protagonista desempeñaba una comisión parecida a la mía. Figuraba había sido cogido prisionero y no fusilado por no ser considerado como espía por un consejo de guerra que celebraba su sesión ante el público. Tuvo para mí mucho interés aquel drama, y mientras iba desarrollándose su plan iba yo haciendo futuros paralelos y propósitos de prudencia y de astucia que diese resultados de temeridad sin sus peligros. Fijé mi futuro papel en el drama próximo de mi expedición como de un hombre desvergonzado con modestia y encogimiento, esto es, hipócrita.

A las 11 de la mañana me embarqué, descubriendo al poco tiempo entre los pasajeros un hombre que me miraba con singular curiosidad y a quien había visto yo alguna vez antes. Su rostro era marcial aún sin contar con una enorme cicatriz que atravesaba su carrillo; era castellano según su acento, no conocía a nadie en el vapor y decía ir a viajar a Italia. Aquel hombre me infundía a su vez gran curiosidad.

Hasta las 8 y media de la tarde el mar había estado tranquilo pero un viento fuerte del O. principió a encrespar las olas y aumentando a cada momento su furia no tardó en pronunciarse en tremendo huracán. El buque llevaba un movimiento violentísimo y la mayor parte de los viajeros que habían conservado sus cabezas fuertes principiaron a sentirse mareados: sólo mi misterioso compañero y yo sosteníamos nuestro orgullo de firmes. El *Barcino* viró y tomó un rumbo muy al N.: arreciaba cada vez más el temporal y no podíamos atravesar el proceloso golfo de Lión. El abrigo a que comunmente se acogen los buques en casos tales es el puerto o bahía de Rosas. Allí pues nos acogimos también nosotros.

## Día 15

Turbia apareció la mañana, el mar rizado ligeramente en la rada; pero fuertísimo fuera, según aseguraba el Capitán. El lugar en que nos hallábamos no podía ser más seguro. Sólo por una estrecha entrada se abastece de agua aquella extensa llanura, transparente y tranquila en que ni mugen los vientos ni se sienten las tempestades que agitan el Mediterráneo. Una peñueña población a la orilla del mar y al pie de escarpados montes, y unas cuantas lanchas en seco, habitación de los pocos moradores de las orillas, una extensa ciudadela en ruinas, blanco de las iras francesas, y que cuenta las invasiones por las destrucciones que ha sufrido, tristes llanuras deshabitadas en las cercanías hacia el S. y una extensa cadena de montes estribo de los Pirineos que va aproximándose hasta hundirse en las aguas en el cabo de Creus y de la que nace la eminencia en que se halla el castillo de S. Fernando, en Figueras, que se alza orgulloso en lontananza: he ahí lo que descubre el navegante desde su nave, el magnífico panorama que la suerte y las tempestades nos obligaba a admirar.

Otro vapor, *La Ville de Bordeaux*, procedente de Argel ancló a nuestra inmediación después de haber perdido su contra maestre en un golpe de mar.

Por la tarde saltamos a tierra algunos pasajeros y entre ellos el de la cicatriz y aire marcial, y como el instinto arrastra así al hombre como al animal, a este a donde le manda su naturaleza y a aquel a donde su educación además, aquel hombre enigma para mí y yo que no lo era para él, nos encontramos, como arrastrados por el destino, en aquellas ruínas heroicas que defendieron nuestros padres con tanto valor.

Allí fue donde aquel hombre corrió el velo que lo cubría a mis ojos, allí donde, seguro del objeto que me conducía a Italia pero sin dejarme conocer que lo sabía hasta más tarde, me reveló su nombre y carrera, columbrando yo desde entonces el de su peregrinación y presumiendo que su silencio respecto a aquel punto era un holocausto ofrecido a la disciplina militar.

Era el Coronel Talledo, Comandante de Ingenieros, destinado a Roma con un objeto semejante al que me conducía a mí, que había salido de Madrid algunos días después que yo sin advertirle el Ministro mi salida, sin duda para que si uno de los dos era sorprendido pudiera el otro suplirle en la comisión y con designio de que no nos encontráramos; el destino y favorable indudablemente no quiso ayudarle en su intento. Talledo, que había presumido el objeto de mi marcha y que había recibido las señas de mi figura por compañeros suyos de Barcelona, me siguió con ahinco y desde entonces nuestro reconocimiento unió su destino con el mío.

## Día 16

A las 11 de la mañana entró en la bahía el vapor francés *Meroveo*; pero a los pocos minutos se lanzó de nuevo al mar. El Capitán del *Barcino*, indeciso hasta entonces, se decidió a salir tras de aquel buque y a la una levó ancla.

El golfo aún estaba encrespado; pero empezaba a amainar la tempestad. Una hora antes no hubiera podido doblarse el formidable cabo, así es que el *Meroveo* se había refugiado en el pequeño puerto de Cadaqués. El *Barcino* pasó pues orgulloso, balanceándose gallardamente sobre las movidas olas por el peligroso laberinto de gigantescas rocas que determinan el extremo de la península.

## Día 17

El 17 al amanecer entramos por fin en Marsella. Al pasar a casa del Consul a visar nuestros pasaportes para ponernos en viaje aquella misma mañana en el vapor *Courier Corse*, encontramos de improviso al Capitán de Artillería Manrique. Cual sería nuestra sorpresa y nuestra alegría no podrá comprenderlo sino el que, separado de su país, encuentra cuando menos lo espera a un de sus mejores amigos. Aquella parecía una sucesión de golpes teatrales que el General Figueras hubiese dispuesto para nuestro obsequio. Manrique también como artillero llevaba una misión análoga a las que llevábamos Talledo como ingeniero y yo como oficial de E. M. También en aquella ocasión quedaba destruída su obra de aislamiento para los comisionados, a pesar de sus cálculos de tiempo y el artillero, por Bayona, había ganado en pocos días el terreno que tan lentamente recorrían el *Balear* y el *Barcino*.

Embarcamos pues juntos aunque debía ser por poco tiempo, pues Manrique desde Génova se separaría para Turín donde tenía que entregar no sé que pliegos, y atravesamos las Ilieres con el cielo más puro sobre nuestras cabezas y el mar más transparente y tranquilo a nuestros pies. ¡Vista deliciosa! El sol tocaba a su ocaso y su luz roja iluminando las tranquilas ondas que humildemente iban a lamer el pié de aquellos verdes oasis hijos del mar, y aquellas playas hospitalarias salpicadas de aldeas entre las que descuella la capital, de jardines cubiertos de naranjos y limoneros signo de la benignidad del clima, y de suaves eminencias que las abrigan, abrigadas a su vez por elevados nudos de montañas graníticas de tintas moradas, gigantes de la Europa, hacía con la humedad de la tarde elevarse una bruma que armonizando suavemente el cuadro que se nos presentaba, lo velaba misteriosamente infundiendo profunda melancolía y triste complacencia.



### Día 18

Por fin descubrí las playas italianas que tanto deseaba pisar. A las 8 de la mañana desembarcamos en la lindísima ciudad de Génova, allí donde Masena demostró en 1800 que su pertinacia y sufrimiento no cedían al genio desplegado un año antes en Zurich y que salvó la Francia de la invasión Austro-Rusa.

Así como los antiguos mártires se regocijaban al tocar el umbral del circo en que debían ser despedazados, así los tres compañeros nos sentíamos inflamados de alegría al tocar el de aquel suelo donde la revolución hacía tan horribles estragos y donde si no la muerte, podíamos hallar el cautiverio.

Hallábase la ciudad toda en movimiento a causa de la ruptura entre el Piamonte y el Austria. Reclutaban gente y dinero para el ejército que ya marchaba a Novara donde había de hallar su destrucción, y donde su jefe y Rey había de abandonar un trono para buscar un sepulcro en lejanas tierras; predicábase en plazas y calles para despertar un entusiasmo muerto ya hacía tiempo, y no se escuchaba más grito que el de ¡Libertad e Independencia de Italia! grito generoso pronunciado por bocas veraces, por más mentirosas en quienes el miedo hacía las veces del entusiasmo y por otras más que envolvían a tan sagrados nombres, nombres de destrucción y de muerte.

Visitamos la ciudad y por la noche acudimos al teatro donde se representaba *Masaniello*. Malparados quedamos los Españoles en aquella tragedia, y el auditorio demostró con sus silbidos las simpatías hacia los antiguos dominadores de la mayor parte de Italia, a quienes la fama llevaba de nuevo a pisar sus anteriores conquistas. Aquella silba nos presagiaba también los peligros por que íbamos a pasar y el amor y afecto que habían de encontrar nuestras tropas.

### Día 19

A las 7 de la tarde y después de abandonar a Manrique, volvimos al *Courrier Corse* y fatigados de nuestra peregrinación por la ciudad y sus jardines no tardamos en encontrar un tranquilo sueño.

### Día 20

A las 6 de la mañana llegó el vapor a Liorna, desembarcando nosotros a los pocos momentos. Visitada la ciudad que, fuera de la sinagoga, nada tiene que llame la atención, tomamos en compañía de un Belga un belturino que nos condujo en poco más de una hora a Pisa.



## El general Gómez Arteche.

Retrato publicado en el periódico  
*El Universo*, 30 de enero de 1906



LA ilustre, benéfica y Real Congregacion de los naturales y originarios de las tres PROVINCIAS VASCONGADAS, establecida en esta Corte bajo la advocacion de su glorioso paisano y patrono SAN IGNACIO DE LOYOLA,

HA admitido en el número de sus individuos, prévias las formalidades requeridas por las Constituciones y acuerdos con que se gobierna, a *l. Excmo. Sr. D. José de Arteche y Moró de Chaparrin, oriundo por linea paterna y materna de Vizcaya*—

habiéndosele formado en consecuencia el asiento respectivo en el libro corriente destinado á la inscripcion de los Congregantes; y para que lo pueda hacer constar siempre que le conviniere se expide esta patente, que recibirá con un ejemplar de las Constituciones mencionadas.

Madrid 5 de Febrero de 1887

El Prefecto,

*Fernán de Lasala*

El Contador,

*José de Arteche*

El Tesorero,

*M. Marqués de Urquiza*

El Secretario,

*Nicolás Gorría*

La Toscana se había constituido en República, y unida en intereses con la Romana, pues cualquiera de ellas que cayese debía arrastrar a su hermana en su desgracia, trataba de consolidar una alianza con ella, mostrándose sus adeptos tan encarnizados enemigos de las Naciones coligadas como pudieran serlo los mismos hijos de Roma. Aquellos, más pensadores, no se inclinaban a la alianza, pues ya conocían que la Europa Católica no vería con los brazos cruzados el ostracismo del Papa, mientras podría acaso dejar a los Toscanos su gobierno revolucionario. Nuestro cicerone en Pisa era un tuerto que había perdido el ojo izquierdo en Vincenza peleando contra los Austriacos, y ya que no podía tomar parte en ulteriores expediciones, se deshacía en injurias contra ellos y contra todo el que no pensara como él a quien apellidaba con mucho entusiasmo *traditores*. Mucho nos reímos con él durante el tiempo empleado en visitar el Campanile, la Catedral, el Cementerio, vasto museo de escultura en el claustro de un patio cubierto de tierra de Jerusalén donde se enterraban los caballeros Pisanos de S. Juan, y los palacios y calles de la original ciudad.

Volvimos a Liorna y pasado el tiempo que podíamos permanecer fuera del vapor nos trasladamos de nuevo a nuestro vehículo.

A las 5 zarpamos para Civita Vecchia.

## Día 21

A las 8 de la mañana pisaba el territorio donde debía dar principio el desempeño de mi cometido.

Al pisar aquel suelo venerando de Roma que, de mezquina reunión de chozas de miserables pastores y bandidos, había sabido elevarse hasta ser opulentísima ciudad dominadora del mundo todo conocido de sus hijos y depredadora suya y su tirana, para quien los fuertes habían sido humildes y de quien los orgullosos esclavos cuyas águilas victoriosas habían subyugado primero con halagos y después a fuerza de crímenes y de sangre el indomable valor de nuestros antepasados, una emoción involuntaria se apoderó de mí, y su presente degradación y miserable decaimiento hizo en mí no decir y hacer lo que el poeta, "E caddi come corpo morto cade".

Los habitantes se hallaban en un estado de eferescencia difícil de describir. El Papa era mirado con particular animadversión, y las naciones que se esperaba habían de intervenir en su favor, furiosamente vilipendiadas.

Los anuncios de reuniones revolucionarias, las actas de sesiones anteriores que se fijaban en la plaza y calles estaban atestados de injurias dedicadas especialmente a España y Austria. De nuestro país decían, nada podía temerse,

pues harto ocupado se hallaba en la matanza de los ministros del altar para pensar en la defensa de los de Italia; todo esto con acompañamiento de epítetos ofensivos y tales que atraían una sonrisa involuntaria a nuestros labios. Ese fantasma de ejército llamado Guardia Nacional, recorría las calles en su marcha para el relevo de las guardias, entre gritos de "Libertad y Unión Italiana" y de muerte a sus enemigos, e imitando una marcialidad y un valor que habían de quedar desmentidos al poco tiempo ante la escuadra francesa.

Nosotros nos embarcamos a las 2 para Nápoles, llegando a descubrir al paso ante la desembocadura del Tiber la orgullosa cúpula de S. Pedro de Roma.

## Día 22

A las 10 de la mañana nos hallábamos en la rada de Nápoles ¡Panorama maravilloso! La ciudad con sus fuertes sus palacios y sus templos, las montañas vecinas cubiertas de villas o casas de campo rodeadas de una rica vegetación, Portici, Sorrento y Castellamare a la orilla del golfo, y Capri e Ischia elevando sus cabezas de mil colores entre las aguas, y finalmente éstas reflejando la ciudad, las montañas, las aldeas, las islas y sobre todo aquel monte de fuego cubierto misteriosamente de una nube colosal de humo y ceniza; y después, descendiendo a detalles Chiaya, el castillo dell'Ovo, el palacio Real, la torre del Carmine y S. Telmo y la Cartuja, y los mil buques surtos en el puerto, todo produjo en mí el efecto de un sueño de encantos y me hizo exclamar en medio de mi transporte "¡Feliz yo que llego a contemplarte, diosa Partenope!".

Desembarcamos después de mil registros sanitarios y después de haber pasado una hora en el de la aduana tan minucioso que hasta se llamaron intérpretes que examinaran mi Faust original, logramos vernos en el modesto Hotel du Commerce.

Nuestra primera visita fue al embajador Duque de Rivas en cuyo palacio hallamos al de Roma, el Señor Martínez de la Rosa. Introducidos primero aisladamente, y luego de observada la conformidad de comisiones, reunidos, tuvimos una entrevista sobre el modo más útil y prudente de llevar a cabo nuestra expedición.

El Duque se mostró muy obsequioso y entre sus primeras observaciones fue la de evitarnos en parte los peligros que preveía, proporcionándonos un pasaporte del Ministro Anglo-Americano con el que con la disculpa de Tejanos pudiésemos usar nuestro propio lenguaje sin llamar la atención. Mandó pues a su Secretario lo solicitase de su parte. Deseoso además de prepararnos

con una descripción de los alrededores de Roma para las observaciones que debíamos hacer a nuestra llegada, regaló nuestro oído con la más bella que puede imaginarse mostrándose empero sólo poeta y andaluz. Mas como Oficial antiguo de E.M., orgulloso con tal dictado y ansioso de mostrarnos sus conocimientos y pericia militar, nos condujo a operaciones pensadas maduramente por S.E. ya presentando el caso de un golpe de mano a que había estado inclinado con los 300 artilleros de las tripulaciones de los buques españoles mandados por el Brig. Bustillos, “que injustamente calificaba la tentativa de locura”, la que indudablemente hubiera dado el resultado “de clavar el pendón de Castilla en las altas torres del Capitolio” y no las cabezas de aquellos 300 desgraciados como presumía aquel experimentado Jefe, ya el de una marcha combinada de dos ejércitos Hispano—Napolitanos con objeto de sitiar la Ciudad eterna, dándoles por abrigo, caso de un descalabro, no una plaza marítima y la escuadra sino las “impenetrables breñas de los Apeninos napolitanos”.

Yo me quedé verdaderamente aturdido de tan elocuente desbarrar. No podía yo figurarme cómo un hombre de su reputación de talento que le había hecho adquirir la preponderancia que, él, decía ejercer sobre el ánimo del Rey, que había peleado en la Guerra de la Independencia pudiese imaginar un plan tan descabellado.

Después de haberle hecho ver cuan descabellados eran sus proyectos, en que contaba con una adhesión al Papa que yo no comprendía según las noticias adquiridas hasta entonces, para favorecer la entrada de aquellos 300 víctimas, sin los peligros de no fortificarse en un puerto de donde, en un caso nada raro en la historia, pudiese el ejército volver a la Escuadra sin la ninguna seguridad que ofrecía la frontera Napolitana siendo violada la enemiga por nuestros amigos, y que él suponía sagrada, no sé por qué razón; y sobre todo sin los peligros de una marcha en derrota por un país enemigo escabroso, sin caminos y acaso sin guías, le hice presente que el objeto de mi misión era el proporcionarme datos para después imaginar el mejor plan según ellos, que yo no los había adquirido todavía y que de consiguiente no podía fijar ninguno ni aún bajo la suposición de ignorancia de aquellos medios.

En los intermedios de unas y otras discusiones, Martínez de la Rosa nos ponderaba la bondad del Papa, lo simpático de su figura y de su conversación y de la gloria de que se cubriría España si llegaba a desembarcar en aquel país la expedición que se proyectaba.

Por fin llegó el Secretario de la Embajada y nos trajo la de que el Ministro de los Estados Unidos se resistía a conceder el pasaporte solicitado, que el de Portugal se negaba a ello y que de consiguiente nos era forzoso

marchar con uno nuevo de la Embajada; pues el nuestro de la Secretaría de Estado revelaba una comisión.

Yo ya nada extrañaba después de la primera parte de aquella entrevista y de consiguiente salí alegremente en busca de carruaje que nos condujese a Roma inmediatamente.

Pero con motivo de la revolución de Roma y de los pocos viajeros que pasaban a aquella capital, no había más medios que una diligencia semanal, que salía los martes, y el correo ocupado ya para algunos días y en que no podía marchar más de un pasajero con que contar para trasladarse de un punto a otro. Era ————— y de consiguiente nos fue preciso esperar días para alcanzar nuestro deseo.

Entretanto visitamos todos aquellos lugares que podían excitar nuestra curiosidad, dejando no obstante y con bastante sentimiento Pompeya, el Vesubio, Puzzolo y Bayas que posteriormente visité con Buenaga e Ibarra.

Algún día que otro visitamos a los embajadores, y uno fuimos con el Brigadier Bustillos a comprar mapas de Italia que supusimos podrían hallarse en aquella capital, pero contra nuestra esperanza no hallamos nada regular y aun de lo malo muy poco.

Aquel día nos convidó Bustillos para comer el día siguiente a bordo de la *Cortés*, fragata que él montaba, pero por la noche se levantó tal huracán que a la mañana fue imposible lanzar un bote al agua. Nosotros acudimos, a pesar de esperar un mal rato con el movimiento del buque, mas el Brigadier tratando de evitárnoslo no se esforzó a mandar la chalupa por nosotros.

El martes por fin nos pusimos en camino. Debían trasladarse a otra diligencia pasajeros y efectos en Epitafio, puerta de los Estados Pontificios. La nuestra atravesó rápidamente Capua, Mola di Gaeta, e Itri, llegando a Fondi a las 8 de la noche. El ejército Napolitano de observación que tenía la mayor parte de sus fuerzas en Gaeta, había adelantado a Fondi una fuerte vanguardia y de ésta varios destacamentos a puntos más próximos de la frontera romana, legua y media distante de aquella ciudad. Uno de ellos, aquella misma tarde había alevosamente preso al Coronel de Ingenieros ———— convidándole su comandante a comer unos macarrones en una casa de campo vecina a un fuerte que aquél estaba construyendo; lo cual había producido un corto tiroteo, primero en aquella guerra. Cuando nosotros llegamos a Fondi el comandante de la vanguardia estaba reuniendo alguna tropa para contrastar una agresión de los Romanos, que por su parte no pensaban más que en fortificarse cada vez más puesto que sus fuerzas no ascendían a la

cuarta parte de las de los Napolitanos. El Jefe aquél no debía tener mucha confianza en sus tropas cuando a voz en grito, en medio de una pequeña plazuela que hay a la entrada y en la que está el único cuartel, aunque muy malo, de la población, mandaba se le reuniesen los soldados viejos dejando los novicios para guardar la ciudad y el parque. Un escrupuloso exámen de los pasaportes tanto nuestros como de un Toscano que con nosotros se trasladaba a Roma, fue ejecutado por un Oficial tan ignorante que no sabía que La Habana y Santa Fé de Bogotá se hallaban en América. Aquel examen era el 7º en la travesía.

Salimos de Fondi, pasamos el Portello, aduana Napolitana y llegamos finalmente, a las 10, a Epitafio entre varias patrullas de aquel reino que reconocían la frontera.

Epitafio se llama por un grande coto que allí puso ———, Virey de Nápoles en ——— que tiene la figura de un sepulcro antiguo con una lápida a manera de funeraria y en ella una larga inscripción que manifiesta la asignación de aquel punto como neutro entre los dos diferentes países, a una tapia de mampostería con una torre fuerte antigua y junto a ella una puerta que sirve de paso de un país a otro y una pequeña casa de piso llano que entonces servía de Cuerpo de guardia. Tres pasos antes de la puerta y a la izquierda hay un pequeño coto con las lises de los Borbones de Nápoles y a la derecha, junto a la misma puerta, había plantado un árbol que representaba el de la libertad Romana que contrastaba grandemente con las llaves pontificales esculpidas en un pequeño escudo que campea en lo alto de la puerta.

Paró allí la diligencia y supimos con una ansiedad indecible que el Gobernador de Terracina había decidido no permitir el paso de los viajeros y que la diligencia romana no vendría de consiguiente a recogernos. El toscano y nosotros nos apeamos y dirigiéndonos al Oficial de guardia le hicimos ver cuan grande perjuicio nos causaba pues debiendo volver a nuestro país dentro de muy poco tiempo tendríamos que hacerlo sin haber visto Roma objeto casi exclusivo de nuestro viaje. El Toscano representaba ser sobrino del Presidente de la República de su país y que llevaba encargos precisos de sus tíos para los Triumbiros. Cada uno se esforzaba a probar el republicanismo de sus compatriotas y el propio; para lo que yo tenía especial permiso del Duque de Valencia que al despedirme me había encargado no importa proclamase los principios políticos que mejor me pareciesen para mi propia seguridad y mejor desempeño de mi cometido. Tanto pues aturdimos con eso y nuestras injurias a los Napolitanos por la villanía de su hazaña de coger a ——— que por fin el oficial que parecía un bellissimo hombre pasó un recado al Gobernador y Comandante en Jefe de las tropas avisándole el número de los pasajeros, misión pacífica



nuestra y diplomática del Toscano y cuanto él había podido averiguar sobre nosotros.

Aquellos momentos eran indudablemente los más críticos porque podíamos pasar; porque si no éramos admitidos no nos quedaba más remedio que volver a Civita Vecchia, viaje inútil según el Oficial Romano que nos decía había orden para que ninguno que llevase pasaporte español o austriaco pudiese entrar en Roma; o atravesar la frontera clandestinamente, lo que nos llevaba a segura perdición no pudiéndose confundir con ningún hombre italiano. Y después ¿cómo presentarnos en Madrid sin haber visto siquiera los muros de Roma? Aquel país que tanto anhelaba pisar me era vedado y mi honor se hallaba comprometido sin el éxito de aquella empresa: solo la firme decisión de arrostrar por todo y no retroceder ante ningún obstáculo, venciénolo por la astucia o estrellándome en él, volvieron a mi corazón la calma perdida por aquel contratiempo, intranquilidad que por otra parte tengo el orgullo de que no salía ni a la cara ni a las acciones a que pudiera arrastrarme.

El mensajero no volvía y no lo hizo hasta las 5 de la mañana acompañado de un Oficial de Artillería que hacía veces de Ayudante de Campo. Entretanto habíamos pasado el tiempo ya conversando con el Oficial ya con el Toscano. Este era un hombre que parecía bastante instruido y curioso, por lo que hizo rodar la conversación sobre nuestros países respectivos en la que de pronto me hallé en un fuertísimo apuro producido por el Embajador de Nápoles. Viendo este que no podía conseguir para nosotros pasaportes Anglo-americanos ni portugueses nos había calificado de naturales de América, a Talledo de la Habana donde jamás había estado siendo de Santa Fé de Bogotá y a mí de este último punto. Ahora bien, el compañero de viaje me empezó a interrogar sobre mi país. Yo tuve la precaución de intercalar a mis primeras descripciones preguntas que me impusiesen de si él se había hallado en algún tiempo en América y seguro de que no y con las noticias que yo tenía ya adquiridas por lo que yo he leído como por las dadas en conversaciones con Talledo, floreé mi discurso con tanto detalle curioso sobre el sitio de mi nacimiento, del río Magdalena y países en general del otro mundo, que mi oyente se mostraba complacidísimo y Talledo que se hallaba en la berlina oyendo lo que nosotros en el interior hablábamos se desternillaba de risa.

A la llegada del Oficial de Artillería principió un nuevo reconocimiento de pasaportes y nuevo interrogatorio de los motivos que nos llevaban a Roma. Y cada vez que el nombre de Español asomaba a sus labios nos costaba una nueva explicación de si bien nuestros pasaportes eran de tales, nos arrastraba en todo la fuerza de la sangre americana que circulaba por nuestras venas, y

nueva explicación de nuestro proyecto de viaje de vuelta y de los perjuicios que podría atraernos aquella aventura si tenía un resultado negativo.

Y aquí termina el diario ¿qué sucedió después? Puede ser que nuestros espías vivieran momentos de mucho peligro, nunca lo sabremos; el relato está incompleto pero militarmente ha tenido un éxito total ya que a continuación vienen varias páginas con anotaciones muy detalladas de la composición de las fuerzas enemigas. Me limito a copiar una de ellas y dejo todos los comentarios a la reflexión o a la imaginación del lector:

### Ejército romano

	Un regimto. de Veteranos	745	
	1º de línea	1864	
	2º	2000	
	3º	1493	
	4º	está tachado	
	5º	2193	
	6º	1740	
	Batallón Melara	374	
	2º del 8º de línea	729	
	Legión romana	251	
Inf <sup>ta</sup>	{	Lombardos de Manara (Bersaglieri)	1000
		Studenti	300
		Legión Bolonesa	650
		División Arcioni (Piamonteses)	450
		Legión Garibaldi	1500
		Lanceros de Garibaldi (40 a caballo)	200
		Carabineros movilizados	400
		Legión Polaca	200
		<u>17935</u>	
Caba <sup>la</sup>	{	1er. Regto. de Dragones	889
		2º	862
			<u>1751</u>
Art <sup>ta</sup>	{	Artillería de línea	1383
		Id. de Voluntarios	191
			<u>1574</u>
	Ingenieros	522	
	Total	<u>21760</u>	

Tengo que dejar para otra ocasión el comentar la extensa y muy valiosa obra escrita del general Gómez de Arteche;<sup>3</sup> mi propósito, más cercano, era recordar algo de lo mucho que hizo por la ciudad de San Sebastián.

Fue uno de los primeros colaboradores de la revista *Euskal Erria*<sup>4</sup> y a su fallecimiento (28 de enero de 1906) en ella le dedicaba don Angel de Gorostidi y Guelbenzu un extenso y emocionado recuerdo del que copio algunos párrafos: “No busqueis los laureles del general Arteche en los campos de batalla; buscadlos, sí, en otra esfera menos triste, más de la patria y de la humanidad, porque las naciones crecen y se cimentan en la paz y en el trabajo. Oriundo de las provincias vascas, profesábalas un amor ardiente y trabajos muy importantes suyos existen cerca de ellas; también en asuntos pasados en los que el nombre de Euskaria pudo ser más o menos maltratado salió a su defensa el general Arteche. Por ello los vascongados sómosle deudores de profunda gratitud”.

Mariscal de campo del Rey Alfonso XII, amigo personal de la Reina María Cristina, finalmente Senador por la provincia de Guipúzcoa. Pero es que con anterioridad, ya hacia 1860, y colaborando con el alcalde Eustasio Amilibia, fué Gómez de Arteche quien realizó eficazmente las gestiones necesarias para el tan deseado derribo de las murallas logrando que San Sebastián deje de ser una triste y pequeña Plaza Fuerte. Precisamente, el derribo de las murallas es la razón aducida por el Ayuntamiento donostiarra para otorgar el nombre de general Arteche a una calle de la ciudad.<sup>5</sup> También por su iniciativa se va iniciando el paseo de La Concha, que empezaba con aquella Villa Bat, morada suya y de su familia.

Recientemente se ha recordado<sup>6</sup> que en octubre de 1889 el Ayuntamiento acordó adquirir dos planos antiguos de San Sebastián “sumamente aprecia-

(3) Su obra más citada es “Guerra de la Independencia”, catorce tomos en los que trabajó cuarenta años; su influencia es patente en Pérez Galdós (véase por ejemplo las dos versiones de la batalla de Bailén). Menos conocida, “El Reinado de Carlos IV” ofrece una investigación exhaustiva. De increíble laboriosidad, que le supuso recorrer a caballo las cuencas de todos los ríos de la Península, es “Geografía histórico—militar de España y Portugal”. Por citar otra, “Un soldado español de veinte siglos” es más personal y entrañable, de esa época romántica, como una larga leyenda de Bécquer.

(4) Fundada por don José Manterola Beldarrain, editada desde 1880 hasta 1917.

(5) Esa calle del barrio Gros, hoy, en 1996, está a punto de desaparecer por los inevitables avatares urbanísticos. Es de esperar que, conocedores de la historia de su ciudad, nuestros ediles trasladarán su nombre a alguna otra calle o plaza de mayor presencia.

(6) Ver KOXKAS en *El Diario Vasco* del 24 noviembre 95.

bles" que estaban en poder del clérigo francés Haristoy y, a la vez, agradecer a don José Gómez de Arteche las gestiones que había llevado a cabo para conseguirlos.

Siempre anhelando la concordia, permaneció alejado del servicio activo durante el periodo revolucionario (1868-74). Con la Restauración, vivió esa "belle époque" donostiarra de fiestas, conciertos, bailes, inauguraciones o carreras de caballos. Su temple intelectual le hacía estar presente en el desarrollo cultural de la ciudad; así, cuando en 1869 se consigue, por fin, crear un Instituto de Segunda Enseñanza (precedente del actual Peñaflorida) la aspiración a la validez oficial "fue apoyada por don Fermín Lasala, diputado por San Sebastián, y por el sabio brigadier don José Gómez de Arteche, medio vecino de esta capital, quienes activa y eficazmente hicieron sus gestiones".<sup>7</sup>

Íntimo amigo de aquel gran pintor y escultor que fue Marcial de Aguirre, colaboró con él en todo el proceso de levantar el monumento del Almirante Oquendo; gestiones para su emplazamiento, entrega del bronce de cañones inservibles, quizás incluso inspirando al autor ese "aire marcial" de su propio rostro.

Pero entre las muchas cosas que el ilustre Arteche hizo para ésta su segunda patria hay un episodio que me resulta particularmente simpático.<sup>8</sup> Sucedió que en 1887, a los dos años de su viudez, la Reina Regente decide pasar los veranos en San Sebastián y deseando que su presencia no sea gravosa para el pueblo donostiarra, decide comprar las fincas y edificar un palacio nuevo al que se lla mará Real Casa de Campo de Miramar. Los donostiarras querían a su reina y se empeñaban en costearlo todo, regalarle tierras y palacio. Pero ella, valiéndose del General Arteche que es quien escribió la carta al alcalde, declaraba "que la Reina compraba los terrenos y costearía edificios y jardines, pero que esto debería permanecer en secreto para que el pueblo creyese que se los había regalado la ciudad de San Sebastián".

Con este detalle, que evidencia la grandeza de aquella egregia dama y su cariño hacia la gente en cuya tierra se proponía instalar su hogar, concluyo mi propósito de recordar cosas de la historia del siglo XIX en las que se encuentra entrelazada la vida, grande y generosa, del general Gómez de Arteche.

(7) Rufino Mendiola en "La vida cultural de San Sebastián".

(8) Muchas frases de este episodio están tomadas literalmente del buen trabajo de nuestro Amigo don José Berrueto: *Cien años de vida de San Sebastián* (Caja de Ahorros Municipal, 1989).